

# Juegos y posibles

---



Agustín Monsreal / Escuela de Arte Dramático INBA

Estoy, residuo de embriaguez, con un pedazo de amor entre los dientes; rendido y acosado por un sinfín de puños que se violentan para hacerme abrir la boca, que tienden filos alrededor de mi garganta, cargan sobre mi espíritu exasperados y puntia-gudos ruidos, me tallan el sueño, espectan mi razón torturada. Y me duele inmensamente este pedazo de amor incrustado en las encías. Desvivido, con los pasos opacos, tomo de rehén la noche para rumiar, vértigo y desastre, este muerto prematuro.

●

Todo era un girar, un marchar en círculo a la soledad. Era ya una cosa blanda que se gastaba al sólo contacto con el viento. Los ojos empezaron a derretirse como caramelos sobre la lengua, las manos a quedarse quietas; pegajosos, los labios se evadían de mi rostro. La enfermedad penetraba lentamente, profundizaba. Me estaba vaciando, cada instante me sentía más desierto y los instantes se agolpaban, se empujaban. Me acometía un dolor seco, preciso, como si me arrancaran las uñas una a una. Flotaba sin espacio, incoloro; gravitaba alrededor de mí mismo, indeterminado y estéril.

Me sobrevivía.

Estábamos abrazándonos a las puertas de su casa. Diciéndonos hasta mañana. De repente sopló un viento espeso de nostalgia y sus cabellos comenzaron a volar, insinuándose al cielo. Ella no tuvo más remedio que romper el abrazo y seguir a sus cabellos. Yo me quedé sin edad. Asombrado. Desde entonces, siempre que veo un cometa me pongo triste.

Jugaba con una pelota roja en el jardín. Me descubrió y se acercó, tímidamente, para acariciarme y olerme. En el preciso instante en que su naricilla rozaba mi corola me abrí y la devoré.

Una gran variedad de exquisitas criaturas, desde aquella primera y deliciosa experiencia, han nutrido mi tallo y coloreado mis pétalos. El vecindario se encuentra terriblemente angustiado ante la extraña y constante desaparición de niñas. Mientras que mi dueña, ceremonial y orgullosa, me riega todas las mañanas con una sonrisilla cómplice en los labios.

Él dormía sobre la hierba, limpia la raíz del sueño. Lo estuve observando hasta que el sol comenzó a derretirse en el horizonte. Cavé la tierra y sepulté el puñal. Lo desperté y le dije que se fuera. Me miró a los ojos. Abel se alejó manchado de atardecer. Espigado. Yo me quedé pensando: Por qué no lo maté...

Se le fueron secando la lengua y las palabras, el asombro levantó la piel hasta descubrir el hueso del silencio. Sólo entonces comprendió que estaba muerto.

El niño lanzó la piedra y cercenó de su soporte el fruto. A medio curso de su caída, el fruto se abrió en alas de semilla y con suaves pulsaciones regresó a la rama. El niño, entonces, se orilló a la luna a esperar que madurara.

En mangas de camisa y las manos atadas a la espalda, estaba frente al pelotón de fusilamiento. El sol estiraba sus raíces a lo largo del valle. El capitán preguntó al hombre si deseaba le vendaran los ojos; respondió con una sonrisa fácil:

—¿Y perderme el amanecer último?

Intentó saber lo que pasaba. De pronto, en el mediodía del tumulto, con un grito sometido en la garganta, angustiendo los brazos, naufrago. Una trágica carrera, despavorida y múltiple, lo violentó hacia la piedra irregular de su destino: una espina caliente en el centro de la espalda, un silencio inalterable.



En la Imprenta Universitaria,  
bajo la dirección de Rafael Moreno,  
se terminó la impresión de *Punto de Partida 13*  
el día 18 de julio de 1969.  
Su composición se paró en Baskerville  
11:11, 10:11, 10:10, 9:10, 9:9 y 8:9.  
Se tiraron 3.000 ejemplares.